

se grabará en letras mayúsculas el testamento de Luis XVI, reducido á esta máxima evangélica:

PERDONO DE TODO CORAZON
Á LOS QUE SE HAN HECHO ENEMIGOS MIOS.

«En la cuarta cara se fijará el escudo de armas de Francia con esta inscripcion: *Luis XVIII á Luis XVI*. Los franceses solicitarán sin duda el honor de unir al nombre de Luis XVIII, el nombre de la Francia que nunca pudo ser separada de su rey....»

«Este monumento no será el único consagrado á la desgracia y al arrepentimiento. En el terreno del cementerio de la Magdalena se edificará una capilla, que por el lado de la calle de Anjou representará un antiguo sepulcro, y se entrará en ella por una calle nueva que se abrirá cuando se establezca esa capilla. La planta del edificio á fin de que ofrezca lugar á las diversas sepulturas, tendrá la forma de una cruz latina, y recibirá la luz por la bóveda de manera que en el recinto reine una misteriosa claridad. En todas las partes del monumento se colocarán altares donde cada cual sea libre de poder ir á derramar lágrimas por una madre, por un hermano, por una esposa, ó por cualquiera de aquellas víctimas, compañeros fieles que por espacio de veinte años han dormido cerca de su rey en aquel cementerio abandonado. Aquí es donde se vendrá á honrar particularmente la memoria de M. de Malesherbes. Sin duda se nos disculpará de que hagamos mencion en este paraje del nombre del vasallo uniéndolo con el recuerdo del soberano. En la muerte, en la desgracia, y en la virtud hay una misteriosa fuerza que nivela las gerarquías.

«El rey fundará una misa perpetua en esta capilla, destinando dos capellanes á su servicio particular. En Saint-Denis se hará otra fundacion mas considerable en nombre de Luis XVI, y en obsequio de los obispos y clérigos enfermos, que despues de un largo apostolado necesitan descansar de sus santas fatigas. Estos ancianos reemplazarán la comunidad religiosa que cuidaba de las cenizas de los reyes, y por su grave aspecto, por su avanzada edad, y por sus trabajos serán los custodios naturales de aquel asilo de los muertos, en donde ellos mismos no tardarán mucho tiempo en recogerse. Tambien se trata de volver á dar á esta abadía los sepulcros que la decoraban, y con arreglo á los cuales Suger hacia escribir la historia nacional como en presencia de la muerte y de la verdad.»

«Esto es, señores, lo que la régia voluntad mandó hacer, y ademas por medio de una real orden se declaró que en lo sucesivo el día 21 de enero sería un día consagrado á ceremonias religiosas. Por lo tanto, el primer pensamiento de ese gran sacrificio de paz, pertenece enteramente á nuestro soberano, asi como todo lo bueno y lo noble que la monarquía ha hecho despues de la restauracion. ¡Y sin embargo, cuántas cosas hay que ya han caducado, cuántas reflexiones que no son ya aplicables á este momento, se echan de ver en el programa del que acabo de leeros algunos pasajes! *Dum loquimur, fugerit invidia aetas!* ¡Cuánta esperanza habia aun, en medio del luto de la patria al haceros yo la descripcion de la pompa de Saint-Denis! ¡Qué sincero parecia el arrepentimiento de ciertos hombres! ¡Qué dulce era para el soberano concederles su perdon!

«Mas cuando la segunda traicion nos hizo abandonar el suelo nativo, ¿habria nadie podido creer que nos volveriamos á encontrar aquí en esta misma época del 21 de enero para celebrar por segunda vez la solemnitad expiatoria? No faltaba quien creyera que ya nunca mas volveria á oír hablar de esos muertos que les están acusando en la presencia de Dios vivo. Ese Dios para confusion de tales hombres ha encerrado en el breve espacio de un año acontecimientos

que apenas cabrian en un siglo entero: los hombres y las cosas se han precipitado como los raudales de un torrente: toda la tierra ha pasado digámoslo asi por Francia entre esas dos pompas fúnebres. Habiendo partido de una tumba hemos vuelto al pié de esa misma tumba, y de tantos proyectos concebidos, no quedan mas que los que Luis XVIII formó en obsequio de las cenizas de su hermano, el monarca.

La cámara de los Diputados quiere participar de las obras de nuestro augusto soberano: quiere que por su medio se una el dolor del pueblo con el dolor del rey, y nos invita á que nos unamos tambien á su interesante homenaje. Pares de Francia, vosotros los que ocupais el puesto de la antigua nobleza, vosotros á imitacion del piadoso Tanneguy, os apresurareis á concurrir á las exequias de un monarca que se vió abandonado de unos ingratos. He visto, señores, los mortales despojos de Luis XVI mezclados en la fosa que se ha abierto con la cal viva que ha consumido sus carnes sin poder borrar las señales del crimen! He visto el esqueleto de María Antonieta, intacto al abrigo de una especie de bóveda que se habia formado sobre él, como por milagro. Solo la cabeza no estaba en su lugar, y en la forma de ella, ¡Oh Providencia! se podian aun reconocer las facciones bajo las cuales respiraba toda la gracia de una mujer con toda la magestad de una reina! Eso es, señores, lo que ya he visto! Hé aquí los recuerdos para los cuales nunca tendremos nosotros bastantes lágrimas! ¡He aquí los atentados que los hombres nunca llegarán á expiar! Aunque elevarais á la memoria de esas grandes víctimas un monumento semejante á las tumbas que en los desiertos de Egipto desafian el curso de los siglos, nada habriais hecho: todo el enorme conjunto de piedra de las pirámides no bastaria para tapan la mancha de sangre que nunca llegará á borrarse!

Pero fijad la atencion, señores, en el poder de la religion, de esa religion invocada en auxilio nuestro por el monarca y por la cámara de Diputados. Solo ella puede igualar las señales de dolor con la enormidad de las calamidades; para eso no necesita ni de pompas magnificas, ni de soberbios mausoleos: algunas lágrimas, un ayuno, un altar, una piedra en que se habrá esculpido el nombre del rey, le bastan á la religion. Desentendámonos pues del aparato del luto: y procuremos solamente indagar si en la *resolucion* sometida á vuestro exámen, asi como en las manifestaciones que se preparan, no se ha omitido ninguna circunstancia.

«Creo, señores, que en ellas echo de ver una omision. En medio de tantos objetos de tristeza no se ha repartido con igualdad el tributo de nuestras lágrimas. Apenas se ha hecho mencion en los diversos proyectos de aquel rey niño, de aquel jóven mártir que cantó alabanzas á Dios en el horno encendido. ¿Le olvidamos acaso porque fue tan breve el plazo que ocupó en la existencia y en nuestra historia? Pero ¡qué lentamente debieron pasar aquellos dias abrumados de padecimientos, que largo debió ser aquel reinado sin mas distraccion que el dolor! Jamás anciano rey, encorvado bajo los pesares del trono sostuvo en sus manos un cetro mas pesado. No era tan abrumadora la corona de Luis XIV al descender á la huesa, como la diadema de la inocencia en las sienes de Luis XVII al salir de la cuna. ¿Qué se ha hecho aquel pupilo real puesto bajo la tutela de un verdugo, aquel huérfano que como el heredero de David podia decir: «Mi padre y mi madre me han abandonado? ¿En donde está el compañero de infortunio, el hermano de la huérfana del Temple? ¿A donde podré yo ir para dirigirle aquella pregunta tan terrible como vulgar: *Duermes, Capeto? Levántate?*—Levántate, Capeto, señores, pero se levanta rodeado de todo el esplendor de su gloria celestial, y se levanta

ta para pedirnos una tumba. ¡Maldicion sobre los perversos que nos han obligado á recurrir á vanas reparaciones! Séquese la parricida mano que osó levantarse sobre aquel hijo de San Luis, rey tan olvidado en los anales de la nacion, como olvidado vivió en los calabozos. La nacion rechaza por último á esos hombres que desdeñaron acogerse á la amnistia mas generosa que las edades han visto. La patria se niega á conocer esos hombres que no quisieron conocer á su segundo padre. Esos hombres que con su desalmado furor han destruido la cláusula del testamento de Luis XVI que les concedia un amparo. La justicia ha vuelto á recobrar sus derechos, y el crimen ha dejado de ser inviolable.

Voto, señores, por la adopcion plena y entera de la *resolucion* de la cámara de los Diputados, y siento que el reglamento no nos permita votar por aclamacion. Propongo ademas que á la *resolucion* se añada esta enmienda que completará las expiaciones del 21 de enero:

Se suplicará humildemente al monarca tenga á bien mandar se erija un monumento á la memoria de Luis XVII, en nombre y á expensas de la nacion.

OPINION

SOBRE LA RESOLUCION RELATIVA AL CLERO, PRONUNCIADA EN LA CÁMARA DE LOS PARES EN 10 DE FEBRERO DE 1816.

SEÑORES, una idea tan funesta como extraña se desarrolló en la mente de algunos de aquellos millares de *legisladores* que improvisadamente conocieron que la Francia al cabo de catorce siglos de existencia carecia de Constitucion: imaginaron separar enteramente el orden religioso del orden político, y esta imaginacion fue considerada como un rasgo del genio. Dios, autor del hombre, nada tuvo ya que ver con las acciones del hombre, y la ley perdió aquella base que por consentimiento humano de todos los pueblos debe estar colocada en el cielo. Dióse á todo el mundo libertad de recibir ó no recibir el primer signo del cristiano, de tomar esposa ante el altar de Dios, ó ante el bufete de un alcalde, de modelar su conducta por los preceptos del Evangelio, ó por los reglamentos de policia, de expiar sus faltas á los piés del sacerdote, ó bajo la mano del verdugo, de morir con la esperanza de otra vida, ó con la esperanza de la nada.... Todo eso fue considerado como *sabiduria*.

Y al paso que se renunciaba á la religion se aspiraba á la libertad. ¿Habrá algun pueblo que haya sido mas libre que Roma ó Atenas, ni mas religioso al mismo tiempo? Todo pueblo que no trata de establecer en las cosas divinas garantías de su independencia concluye siempre perdiéndola, cualesquiera que sean las revoluciones en que se sumerja para conservarla. ¡Acordarse, señores! ¿Qué es lo que nos quedó sin el rey por fruto de nuestros excesos é infortunios? — ¡Cadenas, señores, cadenas y crímenes!

Si la Inglaterra á pesar de las tempestades que la agitaron bajo Carlos I llegó á establecer su Constitucion, es porque en aquella época los ingleses eran cristianos. Predicaban la independencia política con la Biblia en la mano, y lejos de ser irreligiosos, eran hasta fanáticos. Con el fanatismo establecieron sus niveladores la libertad, al paso que los revolucionarios franceses proclamando la impiedad entronizaron la tiranía. ¿No es particular, señores, que hayamos sido esclavos bajo la férula de filósofos republicanos, y que hayamos gozado libertad bajo el cetro de un rey cristiano?

Este dictado nos recuerda que por último nos ha-

llamos sometidos á la autoridad de los príncipes que nos han colocado en primera fila por lo tocante á la religion, y en el primer grado por lo tocante á la gloria. Si la Iglesia nos ha reconocido por hijos primogénitos, ¿no es justo que por último dejemos de ser desagradecidos para con nuestra madre? La *resolucion* que la cámara de los Diputados nos ha transmitido tiene por objeto devolver al clero, no el esplendor que tuvo en otro tiempo, sino esa independencia sin la que el culto no es mas que un peso para el pueblo: esta *resolucion* por su gravedad, señores, merece la mas seria atencion.

Tenemos en la cámara de los Pares un privilegio que nadie acaso intentará disputarnos, y es el de pertenecer por la madurez de nuestra edad á otros tiempos que ya no existen. Nosotros podemos referir á las modernas generaciones cuál era entonces el esplendor de nuestros templos. ¿Cómo esa Iglesia de las Galias tan poderosa y venerable ha llegado á ser destruida? Ya lo sabeis, señores. Los discursos mas enérgicos, los cálculos mas exactos, la elocuencia mas vehemente y mas persuasiva, todo vino á estrellarse contra las pasiones. Un hombre que posteriormente adquirió demasiada celebridad fue el primero que se opuso á la invasion del patrimonio de la Iglesia. «¿Quiéren ser libres, decia ese hombre aparentando admiracion, y no saben ser justos!» Estas palabras son la terrible sentencia que condena á ese hombre, á sus partidarios y á sus obras.

Un resto de pudor nacional impidió que el clero quedara enteramente sumido en la miseria. Concediéronse ochenta y un millones al clero á título de asignacion, y setenta y dos para el pago de pensiones religiosas. Estas dos sumas excedian el importe de las rentas eclesiásticas, que componian poco mas ó menos un total de ciento cincuenta millones. Mas de allí á poco tiempo las dejaron de pagar. Las malas obras principiadas por las revoluciones rara vez dejan de consumarse á impulsos de las mismas: todo opresor cree arruinarse si se detiene en reparar los males que ha causado: ¡Tan cierto es que entre los hombres por lo general una injusticia á medias acusa, y una iniquidad completa absuelve!

Vinieron en seguida, señores, aquellos tiempos de terror, durante los cuales pudo decirse lo que cierto orador decia en tiempo de la persecucion de Diocleciano: toda la Iglesia ha abandonado la tierra para remontarse al cielo. En pos de la matanza de los Carmelitas vino la deportacion de mas de treinta mil clérigos: subdividiéndose toda su gerarquía en dos grandes clases de persecucion: unos siguieron al monarca en su destierro, y otros quedaron ocultos entre las ruinas de la monarquía. De esta manera pudo la religion repartir sus dulzuras entre el vasallo y el monarca. Yo he visto á esa Iglesia errante que lloraba al borde de los rios extranjeros: *Super flumina... sedimus et flevimus!* Vosotros, señores, habeis visto la que regaba con su llanto las ruinas del templo: aquí estamos reunidos todos los testigos de las tribulaciones de la Iglesia: sus infortunios son los nuestros: inútil es que nos detengamos en pintarlos.

La Iglesia galicana debilitada por sus heridas, andaba vacilando. De repente aparece un hombre que venia de Egipto: sus destinos son misteriosos como los monumentos del desierto, como los signos geroglíficos esculpidos en sus masas de piedra. Una antigua fortaleza medio arruinada no le dejó conquistar el Asia, y el hombre aquel para consolar su despecho se resuelve á conquistar la Europa. Rápido como el pensamiento pasó por la llanura de las tumbas, por la sombra de las pirámides, por las ruinas de las Esfinges: todo lo ha visto, y su voz ha resonado en los pueblos del Aquilon y en los pueblos de la Aurora. Todos los disfraces se adaptan á su persona: habla todos los idiomas, se acomoda á todos los sentimientos. Al llegar á esta nacion

gana una gran batalla, asesina á un gran príncipe: sofoca la voz del crimen; por el tumulto de sus victorias pone su planta sobre la coronada frente de los reyes; obliga al soberano pontífice á pasar los Alpes, y presenta al sagrado óleo sus sienes no abrumadas bajo el triplicado peso del gorro frigio, del turbante y de la corona.

De todas las empresas acometidas por Bonaparte, el concordato fue la que indudablemente le costó mas. Ninguno, casi ninguno de los que estaban en su alrededor, quería que los altares volvieran á restablecerse; y él por su parte era mucho menos enemigo del clero que los individuos que componían su consejo. Siendo superior á los hombres que le rodeaban, conocía que nada podía establecerse sin la religión; mas como á pesar de eso se veía en medio de los titulados espíritus fuertes que le habían abierto el camino del trono, se creía obligado á no interrumpir los honores que se tributaban á la impiedad. Viéndose precisado á marchar por esa tortuosa senda, se burlaba de la religión con aquellos impíos; pero decía que era conveniente servirse de ella como de un medio político; mas cuando se veía rodeado de otra clase de hombres, declamaba contra los ateos, prometía devolver á la Iglesia todo su brillo, dando á entender que no lo hacía en el acto porque tenía que atemperarse á ciertas consideraciones. No se pierda empero de vista que Bonaparte encontraba en su propio carácter obstáculos invencibles que se oponían á la restauración del culto. Si por un lado el vigor de su mente y su interés personal le ponían de manifiesto las ventajas que podía prometerse de la religión, por el otro la ansia de dominarlo todo le impelia á perseguir al clero que se había propuesto restablecer. Así es como destruyendo su propia obra, ha causado Bonaparte mas daño á la religión que todas las revoluciones juntas. Ese hombre tan perfecto para el mal, era incompleto cuando trataba de hacer bien: nada salía puro de sus manos. Extendió, pues, sobre el clero ese sistema de envilecimiento en que por desgracia era demasiado hábil. No contando con la adhesión de las almas nobles, procuraba rodearse de un centro de baja, creyendo que de ella podría nacer la lealtad: esperaba tal vez que la virtud al verse derribada tendría que seguirle, así como la inocencia deshonrada no tiene algunas veces mas recurso que la protección de su corruptor.

Las supuestas leyes que habían de restablecer la religión en Francia, fueron unas verdaderas leyes de proscripción. Por medio de las leyes orgánicas del concordato (leyes que nunca han sido reconocidas por la corte de Roma) los obispos se vieron despojados de la parte que habían de tomar en la organización de sus seminarios. Establecióse la conscripción hasta en el Santuario, y no tardó mucho tiempo en figurar como artículo de fe en el catecismo.

No habia que la revolución hubiese despojado los altares, era preciso oponerse á que las iglesias jamás volvieran á tener bienes propios: los dos famosos artículos 73 y 74 de aquellas mismas leyes orgánicas, quitan todo recelo sobre ese particular á la sabiduría del siglo. Mediante aquellos artículos, las fundaciones que tienen por objeto el sostenimiento de los ministros y el ejercicio del culto no pueden consistir sino en rentas sobre el Estado: no pueden los bienes inmuebles ser afectados á títulos eclesiásticos.

Un decreto de 30 de diciembre de 1809 (art. 40), asigna de renta á los párrocos quinientos francos cuando mas y trescientos cuando menos: casi en todas partes adoptaron el minimum de estas dos cantidades. Según otras muchas leyes y decretos las pensiones eclesiásticas habían de ser descontadas de las asignaciones de los párrocos, y efectivamente fueron rigurosamente deducidas de aquella miserable renta vitalicia de trescientos ó de quinientos francos.

Las escuelas secundarias eclesiásticas fueron tam-

bien sustraídas al poder eclesiástico: dejó la religión de ejercer su saludable autoridad sobre los vivos, y hasta se quiso privar á los mismos muertos de los respetos con que el Cristianismo se complace en rodear las tumbas. Bonaparte que en provecho de su propia gloria derramaba la sangre de los franceses, se apoderó hasta de las cenizas. Confiscó los cementerios y abolió los funerales.

Dios ha disipado aquella calamidad. ¿Pero nosotros hemos adquirido alguna discreción por medio del castigo? ¿Qué hemos hecho desde que somos libres en beneficio del restablecimiento de la religión? ¿No deseamos reedificar el templo al redimirnos de nuestro cautiverio? Fijemos la mirada en nuestro alrededor, y contemplemos el estado de la Iglesia.

Desde que la Francia ha vuelto á entrar en sus antiguos límites no contiene, según las demarcaciones establecidas por el concordato, mas que cincuenta diócesis, nueve arzobispados y cuarenta y un obispos. La demás totalidad del clero se compone de ciento nueve vicarios generales, cuatrocientos ochenta canónigos, cuatrocientos noventa párrocos de primera clase, dos mil cuatrocientos de segunda y treinta y seis mil seiscientos sesenta sucursales.

En este momento hay cinco arzobispados y ocho obispados vacantes: cerca de cinco mil sucursales se hallan en el mismo estado.

La totalidad de plazas que habia que proveer comprendiendo las de los vicarios y clérigos empleados en los hospitales, casas de caridad etc. ascendía en 1815 á muy cerca de cuarenta y seis mil: no habia mas que treinta y cuatro mil clérigos en estado de poder ser empleados: por lo tanto faltaban doce mil para completar todo el servicio.

Si calculamos en vista de eso, señores, las probabilidades de defunciones, veremos que bastan doce años para arrebatar esos treinta y cuatro mil ancianos sacerdotes, que debilitados por sus largos padecimientos van incesantemente compareciendo ante la presencia de ese Dios por cuya causa han combatido con tanto denuedo. Puede suceder que en 1828 no exista ni un solo miembro del antiguo clero, cálculo tanto mas espantoso, cuanto que desde el 1801 hasta el presente no se han ordenado mas que seis mil sacerdotes.

Por lo tocante á las asignaciones, el tesoro suministra para los cardenales, arzobispos, obispos, grandes vicarios y canónigos, algo mas de un millón y cuatrocientos mil francos, y cerca de once millones para los párrocos de primera y segunda clase y para los sucursales. Los fondos piadosos, cofradías y otros pequeños gastos importan cerca de seiscientos mil francos. Hay destinados cinco millones para el pago de pensiones eclesiásticas. Los departamentos contribuyen además con dos millones seiscientos mil francos para gastos del culto. Reuniendo todas estas sumas se ve que el Estado creó en 1816 para el clero una renta vitalicia de veinte millones seiscientos mil francos, habiéndole despojado de propiedades que en 1789 producían ciento cincuenta millones de renta. ¡La misma Asamblea constituyente le abenó ciento cincuenta y tres millones por la renta de un año!

Los arzobispos, obispos, grandes vicarios, canónigos y párrocos disfrutaban, pues, en la actualidad asignaciones que bastan apenas á los primeros para sostenerse con decoro, y á los segundos para cubrir las primeras necesidades de la vida.

Los sucursales que no tienen mas que quinientos francos, se hallan sumergidos en la miseria.

Los vicarios que no reciben pensión del tesoro, tienen que vivir de limosna ó morir de hambre.

Cinco mil parroquias están privadas de todo auxilio religioso. En otras diez mil no hay presbiterio; la quinta parte de las diócesis carece de palacio episcopal y de edificio para los seminarios.

Los templos están arruinándose por todas partes,

y por cálculos cuya exactitud es indisputable, se demuestra que antes de pocos años las dos terceras partes de la nación se verán privadas de sacerdotes y de altares.

En 1799 el abate Siéyes decía en un proyecto de decreto relativo al clero: «se hará una enumeración exacta de los obispos, párrocos y vicarios que hayan sobrevivido, y sus rentas líquidas se convertirán en rentas vitalicias.» Acabo de hacer esa enumeración á los diez y seis años despues de aquella época: ¿qué os parece, señores, de los que han sobrevivido y de las rentas líquidas?

En la triste situación de nuestra hacienda, que no nos permite acudir inmediatamente al socorro de los pobres, la resolución de la cámara de los Diputados nos ofrece por de pronto algun recurso. Trátase por lo menos de autorizar las iglesias á recibir dotaciones en propiedades territoriales. Mientras la religión no posea algunos bienes propios, siempre se presentará á los ojos de la multitud bajo el aspecto de una contribución despojada de los atractivos de un beneficio. «Haced, decía Montesquieu, que sea sagrado é inviolable el antiguo y necesario patrimonio del clero; que sea estable y eterno como él.» En efecto, señores, ¿qué es lo que puede esperarse de un clero asalariado? ¿Qué utilidad pueden prestar tales sacerdotes á un pueblo, que considerándolos como unos hombres mercenarios que viven á expensas de sus sudores, se cree tener derecho de despreciarlos? ¿Será disculgar lógicamente el reconocer que la religión es útil, y prohibir al mismo tiempo á las iglesias el derecho de propiedad? Mas vale ser sinceros y decir: «No queremos religión.» Pero en seguida añadamos: «No queremos monarquía.»

En ese caso es inútil que el pueblo pague: es inútil recargarlo con la contribución destinada á sostener una cosa que para nada sirve. Preciso es convenir en que lo grande, lo magnánimo consiste en seguir combatiendo denodadamente contra el abatido poder del clero despues del destierro, de la deportación y de la matanza de sus individuos, y en recordar la pobreza de los apóstoles, en tanto que nosotros estamos gozando hasta de lo supérfluo, á unos sacerdotes que ni tienen techo bajo que albergarse, ni pan, ni vestidos con que cubrirse. Lamentar las calamidades del clero, pintar su triste situación, decir que conviene mejorarla y asignarle buenas pensiones, y concluir el discurso con un famoso *pero* ¿por ventura no es venir á parar al mismo término que los que sostienen la opinión contraria? ¿En ese caso para qué es tanto alarde de elocuencia?

¿Mas por qué razon el clero no ha de vivir á expensas de una asignación del Estado? suelen contestar los que combaten la resolución: ¿No viven con ella los militares, los jueces y los empleados?

Si se trata de considerar la religión como una institución puramente humana, en ese caso está ya demás toda discusión: será imposible que nos entendamos. En ese caso, cuando le plazca al gobierno suprimir por cualquiera pretexto las asignaciones del clero, se cerrarán todos los templos. ¿No podrá llegar á suceder eso algun día? ¿No declaró la Asamblea constituyente con toda solemnidad que la principal deuda, la deuda sagrada, la deuda inviolable de la nación, era la que esta habia contraído con el clero? ¿No se llevó el viento todas esas magníficas protestas? ¿Será pues, preciso, que la religión, abocada sin cesar con su ruina, siga la marcha de las revoluciones, dependiendo del capricho de una legislatura, ó del antojo de un ministerio? Un tribunal puede cerrarse, un ejército puede ser licenciado, sin que por eso corra riesgo la seguridad de un Estado; pero ¿se podrá arrojarse del santuario á los pontífices sin conmovir las bases de la sociedad? El sacerdocio no es un estado; es un carácter: téngase cuidado en no confundir dos cosas tan distintas. Un soldado, ó un magistrado á

quien el tesoro público deja de sostener, puede dedicarse á otra profesión y crearse nuevos medios de existencia; pero el sacerdote no puede seguir esa marcha porque es *Sacerdos in æternum!*

Se objetará que no siendo el clero un cuerpo político, sería peligroso que adquiriese superabundantes medios de existencia.

Efectivamente, el clero no es un cuerpo político, y solo porque estamos siempre discutiendo como si en realidad lo fuera, caemos en una confusión de ideas, de donde en seguida nacen nuestras objeciones. Distingamos las cosas para comprendernos bien á nosotros mismos.

El clero ha perdido los derechos que le constituían orden del Estado; ha dejado de ser cuerpo, pero siempre sigue siendo *corporación*. A título de tal puede administrar, como cualquiera otra comunidad, los bienes afectos á las fundaciones que está sirviendo. Y nótese que siempre ha administrado los bienes de las iglesias como *corporación* y no como cuerpo. Su gerarquía política en los Estados Generales de Francia, era enteramente ajena á toda administración.

Comprendido bien esto, se explica la razon de que en Inglaterra, gobernada por una Constitución libre, siga siendo la Iglesia rica y poderosa sin turbar por eso la tranquilidad del reino. Esto no consiste mas sino en haber dejado el clero de ser *cuerpo*, mas no *corporación*, como hemos dicho que sucede ya en Francia. Ciertamente es que los obispos anglicanos son admitidos en la cámara de los Pares; pero ocupan su puesto como individuos y no como representantes de un cuerpo político. Esta sencilla explicación desvanecerá todas las objeciones.

Dejando el clero de ser un orden, no viene á ser mas que el órgano necesario de una religión que no se opone á ninguna forma de gobierno: los únicos estados democráticos que existen hoy en Europa, los pequeños cantones suizos profesan la religión católica; de manera que la mas antigua religión ha producido la mas antigua libertad. «Debemos al cristianismo, dice el ya citado autor del *Espritu de las leyes*, en el gobierno un cierto orden político, y en la guerra un cierto derecho de gentes, que la naturaleza humana nunca podrá agradecer cual se merece.»

A juzgar por las inquietudes que algunos hacen alarde de propagar, no parece sino que concediendo el derecho de hacer dotaciones en favor de la Iglesia, el clero va á invadir súbitamente toda la propiedad de la nación.

Las conjeturas desaparecen ante los hechos: examinemos, pues, los hechos. Desde el 1801 hasta el 1816, las mandas hechas en favor del clero ascendieron á la suma de veinte millones. ¿Se enriquecerán mas las iglesias en el mismo número de años, ahora que la Francia ha sido desmembrada por lo menos en una tercera parte y sobre todo cuando ya no cuenta con aquella piadosa Bélgica, á la que se debe casi mas de la mitad de los donativos hechos á los hospitales? La ley de Bonaparte, que es poco mas ó menos la que ahora se os propone, excepto que no permite instituir rentas sobre el Estado, es la que os pide la autoriceis en bienes raíces: ¿ha dado esta ley muchos tesoros á los establecimientos religiosos? Suponiendo que las iglesias sean tan favorecidas de donativos como los hospitales en el mismo número de años, resultará que de aquí á diez y seis serán propietarias de veinte millones, es decir, que tendrán una renta de ochocientos mil *libras*. Contando con que en aquella época existan cuarenta y seis mil clérigos, en Francia, resultaría en beneficio de cada uno la renta de diez y siete *libras* por año, veinte y nueve sueldos por mes y nueve dineros por día. ¡Cuanta riqueza, señores! ¡Que prevenidos debemos estar contra la futura opulencia de la Iglesia!

Sin embargo, tranquilicémosnos. Uno de los caracte-

terres de este siglo es el llenarse de temor por los males imposibles, y de indiferencia, por decirlo así, por los que surgen de entre nosotros mismos. Estos temores por el futuro poder del clero se parecen á los que Bonaparte suponía tener de la autoridad de la Santa Sede. Era dueño de Roma, retenía á Pío VII en la mas odiosa cautividad y no hablaba mas que de Gregorio, de los Bonifacios y de los Julios. «Los que hoy gritan contra el papismo, decía el doctor Johnson, habrían mandado tocar á fuego durante el diluvio.»

Los confesores constituyen otro motivo de alarma. Cada confesor, segun dicen, será el espiador secreto de una familia: no habrá en lo sucesivo seguridad para las familias, y por todas partes va á cometerse el crimen de restitución! Pero señores, son muy frecuentados en este siglo los tribunales de la penitencia! No creo que por el presente tengamos que lamentarnos demasiado de los peligros del arrepentimiento. ¡Ah! Mas bien temo otra cosa y la creo mas bien fundada. Pienso que los donativos serán escasos, débiles é insuficientes: no cambiaremos el espíritu del siglo. Los que temen ver renacer el fanatismo pueden estar tranquilos; para ser fanático es preciso creer en alguna cosa; ningun indiferente puede convertirse en perseguidor. Cuando se afectaban tan grandes temores por las desavenencias ocurridas en las provincias del Mediodía, suponiéndolas religiosas, no tenían presente que estamos muchos mas dispuestos á hacer la guerra á Dios que por Dios.

Varias veces nos dicen que por lo tocante á las relaciones políticas, es preciso marchar con el siglo y seguir el movimiento de Europa sin tratar de hacer retrogradar al espíritu humano: opino enteramente del mismo modo; pero seamos consecuentes y sigamos el movimiento de Europa por lo tocante á las relaciones religiosas. ¡Qué noble ejemplo se nos presenta en este mismo instante! El emperador de Rusia acaba de dar una Constitución á la Polonia; sabido es que ese monarca, así en política, como en cualquier otro asunto, profesa las ideas mas generosas. Tened á bien, señores, oír el artículo 30 de aquella Constitución.

«Los católicos romanos y los eclesiásticos del rito griego unido, gozarán, en vez de las sumas que el gobierno les habia dado con el nombre de *competencia*, una renta anual de dos millones de florines polacos en bienes nacionales, y usarán de esa renta como de una propiedad inagenable. Estos nuevos fondos unidos á los que el clero poseía anteriormente se repartirán entre todas las iglesias, de modo que se mejore la suerte de esos pobres sacerdotes, y quede bien asegurado el sostenimiento del culto, de los seminarios y de las casas de educacion.... Las propiedades territoriales que se habian quitado como bienes nacionales al clero para incorporarlas al dominio de la corona se devolverán otra vez á la Iglesia y se derogarán cuantas leyes ó reales órdenes puede haber que causen daño á la disciplina y á los derechos reconocidos de la Iglesia.»

Hé aquí, señores, el verdadero modo de fundar imperios; hé aquí como estableciendo la libertad, se establece la religion, remediando las injusticias. Por otra parte, Alejandro se muestra tan magnánimo como sabio, pues no pertenece á la comunión religiosa de que se declara protector. No se diga tampoco que es una providencia dictada por la naturaleza de las cosas en Polonia, no señores: solo es el resultado del espíritu que anima en este momento á los soberanos, como lo atestigua aquel famoso tratado por medio del cual los señores de tres poderosos imperios se asocian bajo la protección del Dios de los cristianos, reconociéndole como origen de todo poder y confesando que las calamidades que afligen á los reyes y á los pueblos, provienen del olvido de la religion. De manera que estamos seguros de que la Europa entera

aplaudirá cuanto hagamos en favor del culto de nuestros padres; que así daremos lugar á que los monarcas crean que nuestra revolucion ha terminado ya, y de este modo se hallarán mas dispuestos á retirar sus ejércitos cuando vean que nos convertimos al Dios que adoraron en el campo de las virtudes en medio de sus batallones prosternados.

Si yo examinara los diversos artículos de la *resolución*, tendría que proponer algunas enmiendas: desearía por ejemplo que los donativos se hicieran á las iglesias y á los establecimientos religiosos en vez de hacerlos nominalmente al clero. No hay duda en que generalmente hablando es ese el sentido de la *resolución*; mas no está expresado con bastante claridad el pensamiento del legislador. Procuremos ser exactos en las palabras y no se cometerá falta ninguna en cuanto á las cosas. Por no haber tenido ese cuidado resulta que el decir *bienes del clero* es un modo de hablar vicioso. El clero ni ha poseído, ni puede poseer nada. Quien posee es la Iglesia, y el clero queda reducido á ser el simple administrador de un patrimonio cuya tercera parte pertenece al altar, la otra á los pobres, y la última está destinada para el sostenimiento de sus ministros.

Hé aquí, señores, los principios á los que ahora mas que nunca conviene adherirse, pues no podemos ocultar que han ocurrido graves mudanzas en las relaciones exteriores de la Iglesia de Francia. Como particular, estoy lejos de tener recelos por las pretensiones de la corte de Roma; pero como par de Francia y ministro de Estado, no puedo menos de tener presente que no existiendo los parlamentos, y que habiendo el concordato extendido á mas acá de los Alpes la acción inmediata de la Santa Sede, las libertades de la Iglesia galicana, se hallan mas expuestas, y el clero necesariamente está colocado bajo la influencia de una autoridad temporal extranjera. Acaso en lugar de hacer una ley expresa sobre las dotaciones en bienes raíces habria valido mas poner simplemente en vigor la real pragmática de 1749 y los artículos 73 y 74 de las leyes orgánicas del concordato, dejando subsistir el artículo 15 de la convencion de 15 de julio de 1801, el 809 del libro III título II del código civil, algunos reglamentos particulares sobre la fábrica de las iglesias que parecen autorizar los donativos en general sin especificar su naturaleza, y la real orden de 10 de junio de 1814. De esa manera la Iglesia habria venido á parar á la misma situación que tenia en 1748, pudiendo adquirir bienes mediante el beneplácito del rey; y de esa manera se habrían evitado tambien explicaciones inútiles y detalles de ley que en la actualidad puede llegar á convertirse en dificultades.

Finalmente, me parecia justo que se pudiera dejar en beneficio de los altares á donde vamos á expiar nuestras pasiones, todo lo que la ley permite dejar en beneficio del objeto mismo de esas pasiones.

Mas por el presente no tratamos de un proyecto de ley del gobierno, sino de una *resolución* de la cámara de los Diputados. Perder el tiempo en proponer enmiendas me parece una cosa enteramente inútil. Esta *resolución* será transmitida al rey, quien la modificará segun los designios de su alta sabiduría. Es tambien de desear que el gobierno trasformase en un solo y único proyecto de ley las diversas proposiciones sobre el clero de que se están ocupando las cámaras en este momento. Estas proposiciones se eslabonan entre sí tan naturalmente, que la cuestion de divorcio y la de educacion pública, pueden en parte adherirse á ellas: reunidas todas bajo un mismo título compondrían una especie de código eclesiástico que consolaría á la piedad y aseguraría la suerte de la religion.

No tratemos, pues, en este momento mas que de adoptar el principio contenido en la *resolución*: el gobierno hará lo demás. No terdemos, señores, en

reconocer para gloria y perpetuidad del altar, que las iglesias de Francia pueden volver á tomar el derecho de propiedad que tenían aun antes de establecerse nuestros antepasados en las Galias. El mas pobre de los aldeanos posee tal vez una pequeña heredad, un surco, un árbol, y el clero á quien en Francia se debe el desmonte de los terrenos eriales, el haber plantado las viñas y enriquecido el país con una porcion de árboles de otros climas; el clero que ha trasportado desde Atica la abeja á las colinas de Narbona, y el gusano de seda de la China á las moreras de Marsella; el clero, ¿no podrá recojer ni una espiga en esas vastas campiñas que por tanto tiempo ha fecundado con el sudor de su rostro, y regado algunas veces con su sangre? ¿Seremos, pues, mas avaros que la misma muerte para el clero? ¿No le concede esta algunos piés de terreno que nunca se los volverá á pedir? ¿Pues qué? ¿Los que edificaron tantos monumentos útiles á la patria, los que construyeron ciudades enteras han de carecer de un miserable techo propio para refugiarse en su vejez? ¿Esos hombres, que en los dias de paz se ocupaban en abrir canales, trazar caminos, y construir puentes sobre nuestros rios; esos hombres, que en tiempos de calamidades pagaban el rescate de nuestros reyes, redimian cautivos, socorrian á los pestíferos y derramaban generosamente el tesoro de la Iglesia en el tesoro del Estado; esos hombres habrán de verse reducidos á vivir de limosna en los hospitales fundados por sus antecesores? ¿Quién se dedicará á los trabajos del apostolado, si los sacerdotes, á manera de los parias de la India, nada mas pueden prometerse que pobreza y miseria? ¿Qué ha hecho el clero para ser tratado de esa manera? ¿Qué ha hecho? Ser nuestro padre y nuestro legislador, y someterse en la actualidad á ser víctima nuestro. La monarquía francesa es, por decirlo así, obra de sus manes. Desde el primer obispo que bautizó á Codoveo hasta esos últimos prelados que siguieron á Luis XVI en su bautismo de sangre, el clero no ha dejado de trabajar en beneficio de la prosperidad nacional, ó bien ha sido su leal compañero en la desgracia. El clero fue quien dulcificó las costumbres, y él fue tambien el órgano por donde las luces de Roma y de Grecia se difundieron entre nosotros. Los hombres que mas se han distinguido siendo ministros del Estado, Suger, d'Amboise, Richelieu, Mazarino y Fleury salieron de su seno: la nacion debe asimismo al clero una multitud de sabios, de oradores y de hombres de talento; y para enumerar los beneficios que de él ha recibido la sociedad, seria preciso reducir á exacto número las miserias humanas.

Señores, deseo con todo ardor, os lo confieso espontáneamente que el principio de la *resolución* sometida á vuestro examen sea adoptado como una cosa que afecta el honor nacional y el de esta misma cámara en particular. ¿Quién protegerá al altar no siendo los pares de Francia? La nobleza ha conservado su rango; el clero lo ha perdido: ¿no reconocerá en la adversidad á los antiguos rivales de poder? ¿no alargará la mano á sus antiguos compañeros de gloria? Hace veinte y cinco años que en las tribunas de nuestras asambleas no resuenan mas que leyes expoliadoras, sacrílegas é inhumanas. ¡Ah! ¡y por desgracia las mas han sido adoptadas! ¿Tendremos la fatalidad de desechar la primera proposicion religiosa que al parecer anuncia el fin de esa larga serie de injusticias é indica que volvemos á entrar en el terreno de los buenos principios sociales? Hace veinte y cinco años que todas las veces que se habla de reparacion oímos decir que aun no ha llegado el tiempo á propósito de hacerlas; que es necesario caminar poco á poco, con prudencia; que es necesario dar treguas y aplazar la proposicion; pero tengamos presente que cuantas veces se ha tratado de despojar á los ciudadanos, de enviarlos al destierro ó al cadalso, se ha procedido

con urgencia: no habia mas remedio que pasar las noches discutiendo esos proyectos: la patria peligraba por un solo dia que se hubiera perdido. El momento propicio para el mal ha estado llegando á todas horas: veinte y cinco años hace que esperamos que llegue el momento de hacer el bien: ¡nunca llega! Un pueblo que ha proscrito á los sacerdotes, saqueado los templos, profanado los vasos sagrados, violado las tumbas y dispersado las reliquias de los santos ¿no mereceria ser marcado con el sello de la reprobacion eterna si despues de haberse desvanecido su feroz delirio, siguiera rechazando toda idea de religion? ¿De qué nos habrá servido la experiencia? ¿Estarémos condenados despues de haber destruido la monarquía y despues de haber asesinado á Luis XVI á seguir repitiendo contra la religion los mismos discursos, las mismas nimiedades que eran de moda antes de aquellas horribles catástrofes? En tal caso no nos queda mas que hacer que envolver la cabeza con nuestro manto y llorar por el trágico fin de la patria.

Elocuentes defensores de la Iglesia á quienes tengo el gusto de ver en este recinto, vosotros los que sostuvisteis el primer choque de la impiedad ¿qué es lo que entonces dijisteis? Que un reino toca en su perdicion cuando abandona el culto de sus antepasados; que la caída del altar trae irremediamente consigo la caída del trono. Entonces os trataron de fanáticos, de capacidades limitadas, de hombres agitados por vuestros intereses personales, pero ahora ¿quién se atreveria á negar vuestras demasiado seguras profecías; quién se atreveria á decir que os engañabais? Y vosotros los que con tan ciego ardor solicitabais el triunfo de la vana sabiduría ¿qué es de vosotros? ¿qué os habeis hecho? En vano mis ojos os buscan en este recinto... ¡El abismo que con vuestras temerarias manos abristeis, os ha devorado!

¡Ah, señores! si por una inesplicable fatalidad tuvieran que reproducirse otra vez los sofismas de Thourret, de Barnave, de Chapelier y de Mirabeau, yo no podria menos de exclamar valiéndome de aquellas hermosas palabras de un par de Francia, del abate Montesquieu.

«¿Qué genio destructor ha pasado por esta nacion! ¿Ved cual se propagan las calamidades! ¡No parece sino que esta sea la patria de los dolores! Hay hombres que se han consagrado á abrumar de pesar á sus conciudadanos. Así que se presentan en público puede decirse: Preparémonos á un nuevo sacrificio! ¡Nueva calamidad nos espera...! ¿Qué vais á hacer? ¿me han dicho al verme subir á esta tribuna. La suerte está ya decidida: los comités particulares han arreglado el asunto definitivamente. ¡Pues bien! bajemos de la tribuna; bajemos y pidamos al Dios de nuestros padres que os conserve en la religion de San Luis y os proteja. No son mas desgraciados los que sufren la injusticia, sino los que la cometen.»

Tambien yo señores, voy á descender de esta tribuna; pero no abrumado de angustia como en aquella ocasion el orador del clero, sino por el contrario, con la esperanza de que vuestra decision va á llenar de gozo á la Iglesia. Todo anuncia que volvemos á ponernos bajo la influencia de aquellas verdades eternas de que nunca puede nadie separarse impunemente. La religion está ya lejos de ser un objeto de risa, ya no hay que avergonzarse de ser discípulo del Evangelio, y al ser cada cual interrogado acerca de su fe, puede libremente decir como los primitivos fieles: *Soy cristiano.*

Considerando que el gobierno al representarnos la *resolución* bajo la forma de proyecto de ley, podrá hacer en ella las alteraciones que le parezcan indispensables, voto por la *resolución*, mas si alguno de los nobles pares creyera oportuno proponer una enmienda, que consistiera en reducir los diversos artículos de la *resolución*, á un solo artículo que contuviera